

res, y que van a comulgar por la mañana, y al salir de la iglesia miran con el más profundo desprecio a sus semejantes, que salen de allí a desgarrar con sus lenguas de víbora la reputación ajena?

Hé aquí, pues, hermanos, cómo habéis de acercaros a la Sagrada Eucaristía: digna y frecuentemente. La Comunión indigna, no hablo de la sacrílega, la Comunión con pocas disposiciones, hace que este manjar celestial que podría convertirnos en santos, apenas os conserve débiles en la vida cristiana, y el no comulgar frecuentemente hace que vuestras almas vivan en un estado de tibieza que causa náuseas a Nuestro Señor. Comulgad digna y frecuentemente, y así os reformaréis vosotros, y cuando los hombres se hayan regenerado, se salvará la sociedad. Ella es la reunión de todos los hombres, y si está hoy en la triste situación en que la vemos, es porque el espíritu del Salvador se ha retirado de la mayor parte de los cristianos, aun de aquellos que confiesan a Nuestro Señor con la boca, pero cuyos corazones están muy lejos de El.

1895

R. M. CARRASQUILLA

## LA CAMPANITA DEL ALTAR

*Al señor doctor Jesús María Arteaga*

Recatada allá en la orilla  
De una grada del altar,  
Como siempre te descubro, reverente campanilla,  
Aguardando silenciosa el momento de sonar.  
Llega en tanto y acaricia tu contorno reluciente,  
Cual radiosa mensajera de las cumbres del oriente,  
La irisada y sutil hebra  
Que desciende por la ojiva  
Y en tu tersa superficie redorada su luz quiebra;  
Semejando desde lejos  
Sus magníficos reflejos

Aureola de tus sienas y fulgente llama viva  
De un amor que desbordara de tu seno fervoroso  
En presencia del sublime Tabernáculo precioso.

¡Oh devota campanilla,  
Centinela del altar!

¡Quién trocara su destino con el tuyo sin mancilla,  
Y por siempre al pie de Cristo se quedara en tu lugar!

¿Pero quién sino tú sola; qué mortal, cual tú, sería  
De Jesús sacramentado tan perfecta compañía?

Tú no sufres, tú no lloras,  
Tú no luchas, campanita;

Ni favor, ni fortaleza, ni piedad del cielo imploras:  
Sólo amor a Dios le ofreces,  
Y ante el ara permaneces

Cual si orases en un éxtasis beatífico que incita  
A pensar en la ventura y en los goces sin mudanza,  
De la vida de los justos en la bienaventuranza.

¡Campanita que de hinojos  
Te consagras al Señor!

¿Quién al verte no imagina que Jesús con dulces ojos,  
En retorno a tus finezas, te contempla con amor?

¿Y quién no oye como un eco de celestes arpas de oro,  
O no afirma que preludias de los ángeles el coro,  
Cuando se alza el velo santo  
Y en honor de la hostia pura  
Surge clara y argentina tu voz dulce como un canto?...?

¡Oh, bien haya tu salmodia  
Cuando brilla la custodia

Coronada de esplendores y radiante de hermosura,  
Al Dios vivo aprisionando con un lazo tan estrecho  
Como el lazo de los fieles que lo acogen en su pecho!

¡Pero suéna, campanita,  
Suéna, suéna sin cesar,

Que el supremo instante llega en el cual tu voz bendita  
Es la única que acierta sus loores a expresar!

Ya balbuce el celebrante, de emoción el alma llena,  
Tembloroso y con sigilo, las palabras de la Cena;

Ya se trueca el presbiterio  
En cenáculo divino;

Sobrecoge a los mortales la grandeza del misterio;

Y doblando la rodilla,  
Todo sér la frente humilla,

Y enmudece ante el Eterno, que desciende al pan y al vino...

¡Mas tu voz, oh campanita, sí se escucha por momentos,  
Y resuenan en el alma tus melódicos acentos!

¡Oh solemne voz querida!

¡Oh sūave y tierno són!

¡Religioso y deleitable ritmo santo que convida

A ensalzar a Jesucristo y a ofrecerle el corazón!

¡Oh Jesús! a ti me llama y en tu nombre solicita

Para ti mi vida y mi alma tu preciosa campanita:

¡Y no puedo al dulce encanto

Resistir, aunque me asombre

Mi honda nada en tu presencia, oh Señor tres veces santo!...

¿Mas qué temo? ¿No va unida

Con mi amor y con mi vida

La infinita ofrenda augusta que legar quisiste al hombre?

¿Y el incruento sacrificio, que hallo digno de ofrecerte,

No me eleva hasta ti mismo con el precio de tu muerte?

Tál me alientas, que aun manchado,

Jesús mío, a ti ya voy:

¡Con tu sangre bórra en mi alma los vestigios del pecado,

Y mi amor acépta, y todo cuanto puedo y cuanto soy!

¡Pero aguarda, Jesús mío!... Si a ti voy como a mi centro,

¿Por qué llegas tú más pronto, y tan cerca a mí te encuentro?

¿No soy yo tan pobre y triste,

De la tierra vil gusano?

¿No eres tú Señor y Dueño, Dios y Rey de cuanto existe?

¿Cómo, pues, llegar te veo

Cuando apenas te deseo;

Y con voces repetidas de atractivo soberano,

Y con ruegos amorosos y con súplicas me invita

Al Banquete de los cielos tu armoniosa campanita?

¡Oh infinito amor de Cristo

Que a los hombres busca así!....

¡Con tu amor mi amor enciende, y perdóname si asisto

A tu Mesa, tan indigno como soy, Señor, de ti!

¡Oh Jesús, ya estás conmigo! y aunque nada sé decirte,

Y aunque nada acierto ahora ni a ofrecerte ni a pedirte,

¡No me dejes, Dueño mío;

Ni jamás de ti me aparte

El que ciego juzgo a veces y tiránico albedrío!

¡No me dejes, que te adoro;

Y ya el célico, almo coro,

Por su Reina presidido, viene a mí para ensalzarte!

¡Y a tus plantas, como siempre, con delicia resonando

De tu dulce campanita sigue en mi alma el eco blando!

¡Oh qué plácida alegría!

De tu templo salgo ya,

¡Pero vas conmigo, oh Cristo! ¡y conmigo va María!

¡Y tu excelso alado coro, y tu sierva humilde va!

Tu amorosa campanita, que te sigue a dondequiera;

Que te anuncia en todas partes con su lengua vocinglera,

Y que siempre te acompaña,

Ya tus pasos encamines

Al palacio suntuoso o a la mísera cabaña:

Precediendo al sacerdote,

¡Cuántas veces el azote

De las lluvias y los vientos, en recónditos confines,

Y los soles y las recias tempestades desafia,

Por llegar a los enfermos con tu Santa Eucaristía

¡ Bondadosa campanita !

Yo te he visto penetrar

En la estancia silenciosa donde apenas tu visita  
En la faz de un moribundo puede un rayo hacer brillar.

Y yo he visto que al influjo de tu voz consoladora,  
Cuando lejos se oye apenas, en el lecho se incorpora,

Y animándose un instante,

Mueve el labio tembloroso

Con sus últimas plegarias el piadoso agonizante ;

¡ Y yo he visto cuál revive

Cuando en su alma a Dios recibe ;

Cómo oscila el mustio pecho menos lento y fatigoso,

Y fulgura en la mirada, cual relámpago de vida,

Una ráfaga que alumbra la postrera despedida !

¡ Mas también tu acento calma

De los deudos el pesar,

Porque surges como un signo de que al cielo vuela un alma,

Cuando a par del réquiem sueñas nuevamente ante el altar !

¡Cuál me atraen y subyugan, deliciosa campanilla,

Tus encantos, tu ternura, tu piedad, tu fe sencilla !

¿ Podrá haber quien no te quiera ?

¿ Los perversos corazones,

Al mirar tus atractivos, depondrán su saña fiera ?

¿ O quizá surgirá un día

Contra ti la furia impía ?....

¡ Ay, quién sabe !. ¡ Pero en tanto, sígue, sígue con tus sones !

¡ Sígue, sígue, que me impulsas a imitar tu noble ejemplo,

Y mi espíritu fascinas cada vez que te contemplo !

Mas si tú me maravillas,

No me olvídes, no, jamás !

¡ Míra que otros son de tantas y de tantas campanillas,

Y yo sólo a ti te quiero y no quiero ni una más !